

*Carlos Enrique Aguirre Gómez*  
Universidad de Costa Rica (San José, Costa Rica)

## **IMPORTANCIA Y SENTIDO DE LOS CUENTOS DE MAGON**

LETRAS 18-19 (1988)



Abelardo Bonilla (1) señala, en la evolución de la literatura costarricense, cuatro épocas bien definidas que, según él coinciden con los estadios del desarrollo de la conciencia nacional.

Son las siguientes:

- 1). *Epoca colonial*. Comprende desde el descubrimiento, hasta 1840; se incluyen en ella los primeros años de vida independiente, que en nada se diferencian de los anteriores.
- 2). *Epoca de formación y consolidación del Estado*. Va de 1840 a 1900. Las letras estuvieron al servicio de las ideas políticas. Predominaron el Derecho, la Historia y las Ciencias Políticas.
- 3). *Epoca realista*. Abarca las tres primeras décadas del siglo XX; fue de florecimiento literario. Se desarrollaron la novela, el cuento y los cuadros de costumbres, en la prosa; en la poesía, el verso modernista tuvo un éxito considerable.
- 4). *Epoca contemporánea*. Viene, básicamente, desde la década de los cuarenta hasta hoy. Se caracteriza porque recoge y sintetiza aspectos que se consolidaron en las épocas anteriores y porque asimila diversas corrientes de la literatura y el pensamiento universales.

En la primera de las épocas anteriores, la fantasía literaria se vio

---

(1) Cf. Abelardo Bonilla, *Historia de la literatura costarricense*. San José: Editorial Costa Rica, 1967, p. 32.

circumscrip-ta a pequeñas obras que, según se cree, provenían de la literatura española. El caso de don Domingo Jiménez es el más típico de cuantos puedan citarse. En la segunda, por el carácter pragmático que priva en la vida del costarricense, desaparece por completo la fantasía como contenido de los textos que, con intención literaria, se produjeron. Es el momento de la consolidación del ensayo como "género literario". Con él, se buscó reafirmar la conciencia política del costarricense. Alcanzado este objetivo, se abren nuevas formas de búsqueda para entender la realidad circundante; entre ellas, el arte juega un papel importante. Surge, con estos nuevos síntomas, la tercera etapa señalada por Abelardo Bonilla. A partir de allí, la literatura costarricense comienza a estructurarse orgánicamente. La fantasía, como posibilidad recreadora del mundo, es muy débil; el conocimiento poético está todavía muy apegado a los modelos positivistas que han nutrido la cosmovisión del costarricense en la etapa anterior. El esfuerzo poético todavía gira en torno a la búsqueda de veracidad del referente. La narración sigue muy apegada a los modelos de la crónica realista o costumbrista; la poesía lírica se muestra anclada en modelos europeizantes de corte romántico o postromántico. La dramática apenas aparece tímidamente. Entre los narradores de este momento, están el padre Juan Garita, Manuel González Zeledón (MAGON), Joaquín García Monge. Con los dos últimos, la narración costarricense adquiere una fisonomía bien definida. Los narradores posteriores tienen como paradigma la obra de estos fundadores de la literatura nacional (2).

El rasgo característico de la obra de estos primeros escritores se da en el manejo de la fantasía como contenido estructurante del fenómeno narrativo. Pasamos de una narración verista, cronística, a una narración que explota la imaginación. De ellos, Manuel Argüe-

---

(2) Cf., al respecto, Abelardo Bonilla, *Ibíd.*, pp. 115 y 129. Allí señala, entre otras cosas: "El creador de la novela realista costarricense, tanto en el fondo como en la forma, es JOAQUIN GARCIA MONGE, a cuya obra se debe la evolución idiomática que diferencia radicalmente la literatura del siglo actual de la que se había producido en el XIX" (p. 115). "El realismo costumbrista tiene su segundo maestro —y el primero por la extensión de la obra y por su identificación con lo nacional y con el gran público— en MANUEL GONZALEZ ZELEDON (MAGON), el escritor que, con Aquileo J. Echeverría en la poesía, ha alcanzado máxima popularidad y aprecio en nuestras letras con justo derecho a que dentro de ellas, se le considere un clásico, el más auténtico si a esa palabra le damos el sentido de autor consagrado e indiscutido" (p. 129).

llo Mora es el más viejo. Casi en la ancianidad, concibió el proyecto de relatar los hechos que se desataron en nuestro país, a raíz de la gesta de 1856. Siendo fiel a los principios de la conciencia positivista, bajo la que se había formado, estaba seguro de escribir la historia; pero, debido a la madurez que habían alcanzado nuestros lectores y a las exigencias de la época, debía de decir las cosas en forma amena. Encontró, en algunas historias, situaciones interesantes, les agregó elementos fantasiosos y entonces las llamó “novelas”. Fue allí cuando Argüello Mora, en los últimos años del siglo pasado, echó a andar la narración literaria. El padre Juan Garita, en un tono ingenuo y romancón, escribió algunos relatos con finalidad moralizante. Joaquín García Monge, a principios del año 1900, en plena juventud — con escasos veinte años— y después de haber leído a los grandes maestros realistas de entonces —Zolá, Tolstoi, Pereda—, publica tres relatos, que él llamó “novelitas”: **El Moto**, **Hijas del Campo**, y **Abnegación**. Con ellas, el oficio de escribir literatura narrativa adquiere plena autonomía. Manuel González Zeledón (MAGON), desde 1895, había venido publicando en los periódicos unos pequeños relatos, que él dio en llamar “cuentos”, inspirados en las enseñanzas que había dejado especialmente Mariano José de Larra. En ellos, bajo una forma cronística y ensayística, recurría a la imaginación para abordar grandes aspectos concernientes al ser costarricense (3).

### ¿QUIEN FUE MANUEL GONZALEZ ZELEDON?

Abelardo Bonilla, de manera concisa, se refiere a la vida de Manuel González Zeledón, en los siguientes términos:

*“Nació González Zeledón en San José en 1864, hijo del maestro don Joaquín González y de doña Jesús Zeledón. Estudió en las*

(1) Cf. Alvaro Quesada Soto, **La formación de la narrativa nacional costarricense**, San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1986, pp. 194 y siguientes. Abelardo Bonilla, *Op. cit.*, dice: “No se esforzó en buscar temas, porque los tenía en su propia vida y en la de sus conciudadanos. Sus amigos dicen que era un gran conversador, que narraba hechos y cuentos de modo inimitable, que era sociable, optimista, intachable en su conducta y fino en su pensar y en sus modales. Todo esto se revela en su obra: descripción casi fotográfica, a veces naturalista de los escenarios; ironía, cuando no burla, en el tratamiento de los personajes y de los sucesos; alegría y optimismo, que no destruyen ni el dolor ni la miseria, y la idea cervantina de lo cómico como castigo del error. Sus seres y sus ambientes pertenecen a la Costa Rica del siglo pasado en su presencia o en recuerdo” (pp. 130-131).

escuelas primarias y luego en el Instituto Nacional bajo la dirección de don Valeriano Fernández Ferraz. Se distinguió muy joven en la política y en las letras y desempeñó varios cargos públicos, incluyendo un viceconsulado en Bogotá. Su iniciación en las letras la hizo en el periódico **La Patria**, que dirigía Aquileo Echeverría, su primo. En el número 75 de ese periódico publicó su primera crónica costumbrista el 24 de diciembre de 1895, y luego siguió escribiendo semanalmente. En 1901 fundó con otros escritores el periódico liberal **El País**, en el que hizo campaña de oposición al gobierno de Yglesias, como la hizo también en su cargo de diputado al Congreso. En 1902, ya en el gobierno de Esquivel, fue director de la Estadística, pero renunció por desacuerdo con los procedimientos del gobierno y se trasladó a los Estados Unidos, donde se dedicó a trabajar y a educar a sus tres hijas. En 1910 el gobierno de Jiménez lo nombró Cónsul General en Nueva York, cargo que desempeñó durante cuatro años. Trabajó de nuevo en diversas actividades y durante la primera guerra mundial se le integró en el Cuerpo Auxiliar del Departamento de Estado para Asuntos Latinoamericanos. En 1932, en la tercera presidencia de Jiménez, se le nombró Embajador de Costa Rica en Washington y lo fue hasta 1936, en que enfermó gravemente y regresó a Costa Rica después de treinta años. Pocos días después de su regreso murió en San José el 29 de mayo de 1936'' (4).

Manuel González Zeledón, usó como nombre literario el pseudónimo de MAGON. Nació y creció en la Costa Rica de finales del siglo pasado; perteneció a una familia que tenía suficientes medios económicos. Antes de ser escritor, fue abogado y político. Eso, de una u otra manera, le permitió conocer al patriarcal hombre costarricense de entonces y encariñarse con él; quizá con un poco de nostalgia por la Costa Rica que el avance de los nuevos tiempos desplazaba ya hacia 1895, recurre a escribir cuadros de costumbres para preservar, literariamente, algo que fenecía en forma acelerada. Este amor por la Costa Rica tradicional y patriarcal fue tan grande que, mientras estuvo fuera de Costa Rica —en Colombia y posteriormente en los Estados Unidos de Norte América— lo mantuvo muy presente. Allí

---

(4) Abelardo Bonilla, *Ibíd.*, pp. 129-130.

siguió escribiendo cuadros de costumbres (“cuentos”) sobre las cosas nuestras. Unos pocos meses antes de morir redactó páginas tan costarricenses como: **Cal de concha**, **El cacao del año**, **El grano de oro**.

## VALOR DOCUMENTAL DE LA OBRA DE MAGÓN

La vida profesional de Manuel González Zeledón en Costa Rica fue la de abogado. Desde su bufete, pudo aquilatar la naturaleza y esencia del alma costarricense, al compartir diariamente con campesinos y hombres ciudadanos. Allí vislumbró el carácter socarrón, reservado, personalista y hasta puritano de nuestro hombre finisecular. Eso le permitió volver los ojos hacia atrás, para analizar su vida en relación con sus propias experiencias. Su infancia transcurrida entre el más denso decurso de aquellos días y su intensa vida profesional, le dieron el conocimiento que va a verter en sus “cuentos”.

Costa Rica fue, durante la Colonia, tierra alejada de los centros importantes de cultura de la América Hispana. Los españoles que llegaron a estas tierras se encontraron casi aislados de la ciudad de Guatemala. La ausencia de vías de comunicación en el país, la escasa cantidad de colonizadores, la pobre y casi imperceptible vida económica o social existente, dieron como resultado unos hombres aislados, huraños, cuyo único horizonte estaba constituido por su familia y sus pertenencias. En este sentido, la Colonia nos da unos hombres puros, simples. Esta misma situación se mantiene hasta la década de los años setenta, cuando el país entra en contacto con el mundo europeo a raíz de las ventas de café hechas a Inglaterra. La bondad del negocio cafetalero, la llegada posterior de capitales foráneos a estas tierras y la introducción de nuevas ideas sociopolíticas, implicaron una revolución en la vieja y anquilosada estructura socioeconómica patriarcal. Aquella vida tranquila y simple de la Colonia, se ve rápidamente suplantada por una vida económica más activa, en la que la propiedad de la tierra —la cafetalera básicamente— se ve con miras a la producción de capital. Esto genera un nuevo tipo de hombre más emprendedor, más pragmático y liberal. Era ya un hombre completamente diferente del que se había dado hasta ese momento (5).

---

(5) Cf. Alvaro Quesada Soto, *Op. cit.*, fundamentalmente en su llamada “Introducción histórico-social”. El lector podrá encontrar aquí desarrolladas, en forma amplia, las ideas que ahora sólo esbozamos. El presente es un aspecto fundamental para enten-

Ante un mundo plácido, tranquilo y feneciente, se erguía otro atribulado por la complejidad de las relaciones sociales, económicas, jurídicas que se anunciaban (6). Algunos hombres, con una mentalidad visionaria, saben que lo que están viendo desaparecer no volverá a repetirse jamás. Entonces, se lanzan a la invalorable tarea de rescatarlas. Los escritores del momento se abocan a esta tarea. Recurren, para ello, a modelos narrativos consagrados en Europa. García Monge confiesa seguir a Tolstoi, a Pereda y a Zolá. Magón, por su parte y aunque no lo confiesa, echa mano a los cuadros de costumbres que en España habían consagrado Larra, Estébanez Calderón y de Mesonero Romanos.

En otro estudio nos hemos referido al problema del cuadro de costumbres como género literario (7). Allí indicamos que, fuertemente influido por el pensamiento positivista, el cuadro de costumbres se esfuerza por mostrar, bajo el tono de una narración cronística, análisis sociológicos, históricos, políticos, jurídicos, de las diversas instituciones sociales imperantes en el momento. Por eso, adquiere un tono ensayístico, antes que poético. Sin embargo, bajo el esfuerzo por generalizar lo narrado, el escritor costumbrista forma los esquemas y abstracciones que maneja en sus cuadros. A partir de ello, aplicando imaginación, ironía, jocosidad y una escritura depurada, los cuadros de costumbres alcanzaron una jerarquización estética, que los definió frente a otras formas narrativas como fueron el cuento y la novela. En ellos, no se narra la vivencia intensa de una situación límite, como ocurre en el cuento, donde el lector enfrenta momentos aterradores, conmovedores; ni tampoco la vivencia problematizadora y lenta de una situación, como ocurre en la novela. Los cuadros de costumbres narran hechos comunes que se dan en la vida cotidiana de una sociedad. En ellos, los personajes se desenvuelven pasivamente, son personajes planos. Cada personaje jerarquiza una perspectiva que corresponde a su propia circunstancialidad y que incide, directa o indirectamente, con la manera típica de ser del

---

der el alcance de las letras nacionales de dicho período, que es donde se ubica la obra de Manuel González Zeledón (MAGON).

(6) Cf. *Ibíd.*, misma introducción.

(7) Nos referimos al estudio, "Notas para una definición del costumbrismo como género literario", *Letras*, números 4 y 5, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica.



hombre. El cuadro de costumbres se esfuerza por captarlos como seres puros, encarnadores de una manera de ser del pueblo al que pertenecen. Se llaman cuadros pues describen, objetivamente, las costumbres. En esto, el cuadro de costumbres sirve para recoger el pulso de una sociedad, a través de una especie de crónica social. Insertándose en el periódico, bajo la perspectiva de una jocosidad a la que hemos hecho referencia, el cuadro de costumbres sirvió para entretener y para formar al pueblo lector, al que iba dirigido. Esta fue una modalidad que tuvo amplia difusión en América. Fundamentalmente, los tres autores españoles ya citados, se convirtieron en el paradigma que informa la producción de este tipo de textos en todos nuestros países.

En Costa Rica, el cuadro de costumbres, en los términos aquí descritos, aparece cultivado por Manuel González Zeledón. Ya en 1895, al publicar en **La Patria** el día 25 de diciembre ese relato "Nochebuena", inauguraba el género. Desde ese momento, con cierta regularidad, Magón siguió entregando sus relatos o cuadros de costumbres a las prensas patrias. En ellos, jocosamente, con un profundo conocimiento de las costumbres nacionales, y con un gran dominio del lenguaje, va dejando páginas magistrales que recogen, a través de múltiples escenas, el fresco de una sociedad pretérita ya fenecida.

Desde 1895 hasta 1934, Magón escribió y recogió diversos aspectos típicos de la vida de aquel San José patriarcal de fines de siglo. Desde el primer cuadro hasta el último, el escritor se detiene a narrar situaciones, a describir costumbres. Cada relato presenta alguna curiosidad que nos permite entender más profundamente cómo era el costarricense de aquellas épocas.

Priva en el relato magoniano una especie de nostalgia por una Costa Rica ya ida. Cuando escribe "Nochebuena" aquel 25 de diciembre de 1895, ese contenido emotivo impregna el discurso de la narración. Ya en ese momento, Magón había intuido que la Costa Rica colonial se estaba viendo suplantada por una Costa Rica diferente. En ningún momento reniega de lo nuevo. Lo que explica el trabajo poético es el interés de rescatar lo que se estaba perdiendo, justificando en el enorme cariño que se tenía por las cosas patrias. La narración de Magón, en este sentido, adquiere un gran significado humano. Las simples cosas como la lámpara de doña Anacleta, se im-

pregnan de grandes emociones y nos transmiten ese fuerte apego por lo nuestro. La tarea realizada por Magón es muy importante porque, en este buscar los detalles de un mundo pasado, va surgiendo la fundamentación de un claro sentimiento nacional.

Bien se ha afirmado que los escritores latinoamericanos, años después de haber alcanzado la independencia política de España, se ocupan de la tarea de descubrir las cosas propias, para, desde allí, alcanzar una idea de la patria, de la nacionalidad. La obra de Magón responde a esta preocupación; su actitud literaria, desde un primer momento, fue esa. A través de cada uno de sus relatos va a profundizar en su amor por la patria. La lectura del conjunto de sus relatos pone de manifiesto que todos están enraizados en esa visión nostálgica del pretérito. Las narraciones forman, así, una especie de retablo, en el que se encuentran múltiples escenas del San José finisecular. En ellas, el lector encontrará aspectos de orden económico, político, social; religioso, etc. Se convierten en un interesantísimo documento para conocer la Costa Rica que construyeron nuestros antepasados.

El relato de costumbres, según dijimos, se mantiene muy apegado al conocimiento positivista, debido a que se esfuerza por observar una serie de conductas típicas de un pueblo, para describirlas de la manera más objetiva posible. Por esto, se ha hablado del realismo costumbrista en el sentido del contenido referencial informante del discurso narrativo del cuadro costumbrista. Condición necesaria para todo escritor de este tipo, es el ser un agudo observador y conocedor de la realidad, puesto que el concepto de verosimilitud sobre el que descansa la literatura costumbrista exige que la historia contada se extraiga de la realidad objetiva. Las posibilidades de la ficción aparecen en el momento en que el escritor sea capaz de transformar esos datos, sometiéndolos a un planteamiento jocoso, lleno de humor, cambiando en algunos casos detalles verídicos por detalles imaginativos. La fuerza del cuadro costumbrista radica en el hecho de explotar el humor como punto de vista narrativo. Según la intensidad con que éste aparezca, así se dará la mayor o menor riqueza literaria. Por lo demás, la validez del texto exige que el lector no pueda distinguir entre lo referido literariamente y el referente literario. Los relatos magonianos son típica realización de estos principios narrativos. Aparecen escritos desde la perspectiva de una primera persona que se identifica con el nombre de "Magón". Esta persona es el narrador

dentro del discurso literario. Se constituye en un elemento importantísimo, debido a que protagoniza las historias. Se trata de un hablante adulto que pasa revista a su pasado y de él saca los retazos que narra con absoluta veracidad; como él ha sido el protagonista de los mismos, puede dar fe de que así fueron. La narración magoniana se funda, de esta manera, sobre un principio de veracidad poética estrictamente referencial. El relato se esfuerza por no hacer separaciones entre literatura y realidad; quiere, más bien, que la historia literaria y realidad sean la misma cosa. La obra magoniana retrata así, de cuerpo entero a muchos personajes importantes del San José decimonónico; describe, con lujo de detalles, sectores, actividades, modas, que efectivamente se dieron. En su conjunto, sin temor a equivocarnos, constituyen un documento muy valioso para conocer la Costa Rica de los tiempos en que vivió Magón. He aquí, entonces, el sentido de la obra de Manuel González Zeledón.

Quien lea los relatos magonianos no necesitará esfuerzos para entender las cosas de aquellos tiempos. En los “cuentos”, puede el lector encontrar explicaciones de la importancia que tenía el cultivo del café y de cuáles eran las prácticas en torno del mismo, de los procedimientos que habían de seguirse para preparar la pintura que se usaba en aquellas tapias blanquísimas, orgullo de sus propietarios, de las prácticas de los chiquillos en las tardes de ocio, de las principales diversiones. En esto, radica la importancia de los “cuentos” de Manuel González Zeledón.